

La soledad del tiempo,  
 Los amigos dispersos, el destino  
   [ha soplado  
 la flor de la esperanza que no ha  
   [de germinar;  
 vacío que es tristeza por todo mi  
   [pasado  
 como una mano exangüe que no  
   [logra estrechar...

Cansado de futuro:  
 la ley de ir adelante,  
 allá en fondo es obscuro,  
 el pasado brillante.

Creía en las auroras,  
 ahora por las tardes recuerdo mi  
   [esperanza  
 Son pétalos del alma, al caer de  
   [las horas,  
 la vida tiene fija la punta de su  
   [lanza,

Las noches, los amigos, la corola  
   [destino,  
 que oculta por la vida el imborra-  
   [ble sino.  
 Las vanas ilusiones de volver al  
   [pasado  
 que al fin quedan sepultas, y todo  
   [es olvidado.

Hemos transcrito una composi-  
 ción íntegra y tomada al azar, para  
 que no se suponga que hemos re-  
 cogido los versos más malos para  
 defender lo que afirmamos. Pero  
 es que, aunque se poseyera una  
 extremada buena voluntad sería  
 imposible hallar siquiera un solo  
 rasgo que pudiera manifestar que  
 en Jiménez existe un tempera-  
 mento, así no fuera más que en  
 germinación.

De *Sonaja*, libro anterior de Ji-  
 ménez, dijimos algunas palabras  
 que muy bien, pueden aplicarse al  
 presente volumen:

*Sonaja*, el último libro de Max  
 Jiménez, no es sino una iteración de  
*Gleba*, poemario anterior de Jimé-  
 nez. Iteración en el sentido de la  
 idéntica inopia lírica, de la misma in-

capacidad expresiva que se ma-  
 nifiesta en *Gleba*. Es cierto,  
 puédesse comprobar, existe en *So-  
 najá* un pequeño progreso sobre  
 aquélla, pero tan mínimo que no  
 justifica su publicación. Jiménez,  
 indudablemente y esto puede ser-  
 virle de elogio, ha pretendido su-  
 perarse, ascender al primer pel-  
 daño de la poesía. Pero como esto  
 no es dominio de la volición que  
 a veces ayudada por la cultura, en  
 lo que ésta tiene de higiene, si-  
 mula presencias auténticas y barni-  
 za y transforma superficies,  
 sino de la sensibilidad, el esfuerzo  
 ha sido inútil, pues Jiménez care-  
 ce de ellas. Entonces, es fácil  
 inferir su fracaso expresivo o  
 lírico.

En verdad *Quijongo* no da mar-  
 gen para mayor comentario. Tal  
 vez para ninguno. Si hemos in-  
 sistido es también debido a la  
 insistencia del señor Max Jimé-  
 nez para publicar libros de versos  
 y tomarse el trabajo de enviár-  
 noslos puntualmente. Nada más.  
 —A. T.

UMBRAL GIRANTE, por *Amanda de  
 Amunátegui*.

Hemos leído este libro de poemas  
 con el interés que siempre despertó  
 en nosotros la obra de todo escritor  
 novel. Sin prejuicios, con el espí-  
 ritu deseoso de un hallazgo, hemos  
 ido página tras página, buscando  
 con paciencia bíblica, el poema o el  
 verso que nos mostrara el tempera-  
 mento de la autora. Y la lectura del  
 último poema nos dió el último de-  
 sengaño.

No tiene este «Umbral Girante»  
 (1), como el título hará suponer a

(1) Editorial Nascimento, Santiago de  
 Chile, 1933.

muchos, ni siquiera esa oscuridad que desconcierta en algunos escritores de vanguardia. Hay en él una pobreza de forma que la autora pretende disimular cortando el verso ásperamente, o con trasposiciones rebuscadas de un mal gusto definitivo.

Al azar, para que se aprecie la justicia de lo que afirmamos, hemos cogido el poema «Glorificación de renunciamentos» que aquí transcribimos íntegro:

• Mi corazón se adornó  
para fiesta de dioses.  
Decepción le hizo dar  
a sus galas el adiós.

Desde entonces en un lírico  
y triste retorno, mi corazón de fiesta  
véstese, y, luego se arrepiente  
pues teme el encuentro de Icaros...

Entre tanto el gris carruaje de la  
[melancolía  
donde va esa decepción que fijó su  
[dardo,  
remueve perdido rastro en la lejanía,  
de aquel amor, un instante, esencia  
[de salvia.

Viví un poema tal vislumbre de  
[lucero,  
que fué de la desilusión y la breve-  
[dad, holocausto

Insomnes dagas—despuntos de  
[tentación—  
me esculpen a veces ímpetus rebel-  
[des;  
pero todo despertar se acalla dur-  
[miendo...  
y en trono de rosas exangüe  
yace glorificación de renunciamien-  
[tos.

Creemos que la señora Amanda de Amunátegui no dejará huella, ni hallará sitio que la reciba en la lírica chilena. Y este primer libro que publica y cuya falta de resonancia

hace pensar que será también el último, apenas si quedará como un intento malogrado de una dama entusiasta que no está entre las elegidas.—C. P. S.

LA SELVA SONORA. Poemas orquestales, por *Horacio Zúñiga*.

De «Mirras» y «El minuto azul» nos ocupamos alguna vez en las columnas de «Atenea». Esta «Selva Sonora» (1), intrincada y extensa, con trescientas sesenta páginas bien nutridas de poemas, nos da ocasión para reafirmar nuestro juicio sobre el escritor mexicano.

Sin dominio de la forma, apegado a la hueca manera antigua que tampoco domina, no hay en la obra de este autor mexicano una sola sugerencia inquietadora. Dice todo lo que puede, y en el mayor número posible de versos.

No tienen sus poemas la novedad de la imagen con que las corrientes modernísimas enriquecieron la expresión poética, y su adjetivación es pobre y sin matices. Ni soltura en la versificación tiene siquiera esta Selva Sonora.

Va aquí, en testimonio de lo que decimos, «El poema inefable»:

Como el tesoro brujo del mago  
[Alí Babá  
que vimos en la gruta del prócer  
[cuento azul,  
en el silencio muelle que finge un  
[suave tul,  
el magno relicario dormido y solo  
[está.

(1) Talleres tipográficos Gómez y Rodríguez, México, 1933.